

que el cazador suele hallar las manadas de aquellos animales en sitios donde brotan grandes herbáceas.

En aquellos países, en que las cóleras de la naturaleza son terribles, los huracanes y los rayos tronchan los árboles gigantes que ostentan poderosa copa, y los troncos derribados, con sus ramas al aire, se confunden á lo lejos con las jirafas que allí suelen pacer.

Gordon Cumming, que ha vivido entre las jirafas, ha dejado una animada y entusiasta descripción de su caza.

«Para cazar la jirafa,—dice Cumming,—es forzoso permanecer semanas enteras en las estepas, tener buenos caballos, camellos y vacas, é ir acompañados de guías árabes indígenas.

Las jirafas huyen á través de los jarales espinosos que desgarran los miembros del cazador. En mi primera cacería vi diez jirafas que, aunque galopaban tranquilamente, tuve que apretar las espuelas al caballo para no quedar rezagado.

Durante mi carrera venatoria jamás experimenté una impresión semejante á la que sentí al contemplar por vez primera las jirafas. Su magnífico aspecto me arrobó, y las seguí maravillado, pues me parecía que no daba caza á seres de este mundo. Duro era el terreno por donde corríamos, pero á cada salto del caballo me acercaba á la manada. Lancéme, al fin, en medio de ella, y aislé á la hembra más hermosa. La pobre jirafa emprendió la fuga presurosa, saltando, galopando, y tronchando con el cuello y el pecho infinidad de ramas. Á una distancia de ocho pasos le alojé una bala en el lomo; acercándome más, apunté mi carabina á la cabeza, penetrando el proyectil detrás del omoplato. El animal, herido, continuó, sin embargo, su marcha al paso. Eché pie á tierra, cortando la retirada á la jirafa, habiendo ántes cargado la carabina.

Aprovechando un momento en que la jirafa se paró en el lecho seco de un riachuelo, disparé. Empezó de nuevo la fuga, siguiéndola al galope.

La jirafa era hermosa: sus ojos oscuros, de dulcísima mirada, con sus sedosas pestañas, parecían dirigirme una súplica: hubo un momento en que me horroricé por la sangre vertida, pero señoreó en mí la pasión del cazador, y, apuntando otra vez, la herí mortalmente. Quedó un instante derecha, apoyada en sus piernas posteriores; pero al fin cayó con estrépito, haciendo retemblar el suelo, brotando de su herida un torrente de sangre; y, tras algunas convulsiones, exhaló el último suspiro.»

Dick y yo nos hallábamos sentados al pie de misera

choza, rodeada de grandes árboles. Algunos indígenas nos miraban mientras estábamos embebidos en aquella sabrosa conferencia. Dirigíme al jefe de la tribu; y, hablando por gestos mezclados de algunas frases en dialecto indígena, concertamos la partida de caza.

Al día siguiente, al alborear, montados Dick y yo y cuatro indígenas sobre briosos caballos, que relinchaban ruidosamente y escarbaban con impaciencia el suelo con sus cascos, penetramos en un bosque de mimosas.

La naturaleza primaveral ostentaba todas sus galas, y las gotas del rocío de la mañana eran líquidas perlas que caían sobre nuestras cabezas.

Multitud de ciervos, *gnous*, *hartebeests* y antilopes huían ligeros y veloces á la vista de la cabalgata.

Al abandonar el bosque, y á la mitad de la vasta llanura, vimos á una piara de jirafas que galopaba huyendo.

—¡Ulf! ¡ulf!—gritaron con extrañas voces los indígenas; y, agitando sus fusiles, apretaron los ijares de sus caballos, y á escape se dirigieron hacia las jirafas. Nosotros los seguimos.

Los nobles brutos que montábamos, negros como la pez, de piernas ligeras y nerviosas, no corrían, volaban devorando el espacio.

Era evidente que por momentos ganábamos terreno, pero las jirafas distaban aún 300 metros.

Los cazadores árabes, tiran maravillosamente desde el caballo, única manera de matar á las jirafas.

Corríamos, corríamos como almas que lleva el diablo, avanzando siempre; y cuando distábamos sólo unos 150 metros sonó un tiro. Era Dick, que, impaciente, había disparado.

Las jirafas seguían huyendo, y la bala de Dick sólo hizo volar algunos guijarros del camino.

—¡Fuego! ¡fuego!—grité yo; y sonaron cuatro tiros. Dos jirafas detuvieron un instante su rápida carrera. Era evidente que habían sido heridas.

La piara de jirafas siguió huyendo veloz, pero sus dos compañeras quedaron rezagadas. Corrían, sí; pero sus fuerzas y aliento menguaban.

—¡Fuego! ¡fuego!—grité de nuevo; y las dos pobres jirafas quedaron tendidas en el suelo, moviendo triste y melancólicamente su desmesurado cuello, y mirando con lánguidos y dulces ojos.

Eran dos hermosos animales, adultos, de rica piel.

Seguimos la cacería, pero en balde: las jirafas habían ganado terreno, y era imposible alcanzarlas.

Nuestros caballos estaban rendidos y llenos de sudor. Hicimos alto junto á unas grandes mimosas, baña-



EL SEÑOR DEL DESIERTO Y LAS GIRAFAS, por Specht